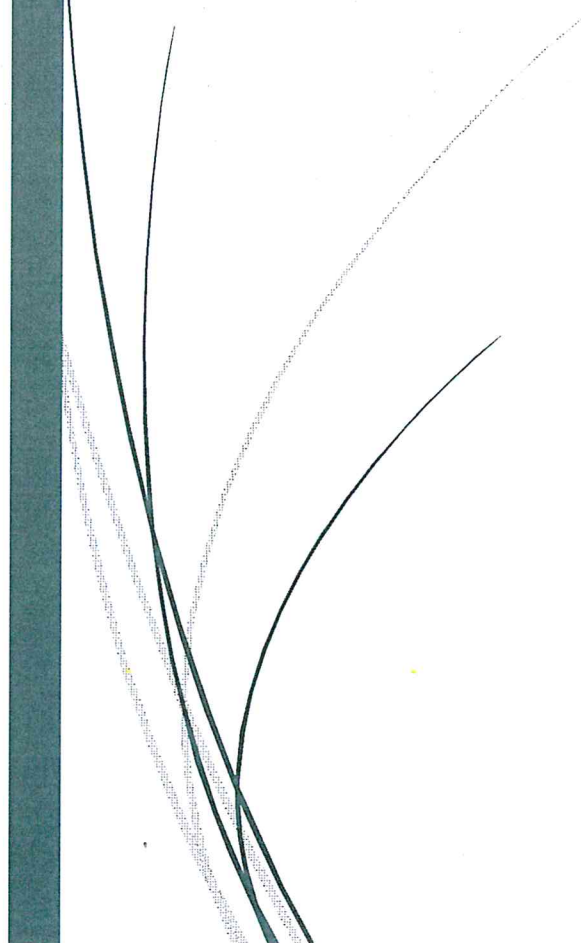


TÍTULO: Pasos cortos

SEUDÓNIMO: Pasos Cortos

CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



PASOS CORTOS

Nunca fui culo de buen asiento. Ni siquiera de crío. Madre solía decir que *ozu no sabía qué hacía con este ziquillo, que le había salido torció del tó.*

Y antes de que se sacara la zapatilla del pie, ya estaba yo corriendo hacia la Plaza Mayor, escapando de las miradas de las criadas que sacudían las alfombras en las casas de los nobles y enfilando campo adelante hasta los olivares. Si no arreciaba el sol, lo que más me gustaba era remover la tierra, por si era cierto que todavía se conservaban vasijas de cerámica de cuando la invasión musulmana o alguna joya que aunque careciera de valor, pudiera ser admirada en el Museo Histórico Local “El hombre y su medio”.

Pero madre opinaba que eso no era oficio. Y padre que llevaba los dedos cortados de tanto trabajar con el esparto, meneaba la cabeza y decía:

-Déjalo mujé, que ya lo apañará la vida. Que en caza de pobre como la nueztra, trabajá tendrá que trabajá si no quiere morise d'hambre.

Lo decían porque les había salido tartamudo y no tenían reales para pagarle al médico los remedios para sanar mi lengua. Se me enredaba y punto. Y siguió enredándoseme a pesar de las aguas con manzanilla, del aceite de ricino, del tomillo y la hierba buena y de las yemas de huevo crudas que me obligaban a tomar en ayunas por la mañana.

Cuando dejaron de preocuparse tanto por como pronunciaba las palabras y si me arrancaba a la primera o a la décima, se me fueron los nervios. De vez en cuando acertaba a decir de corrido alguna estrofa flamenca o me salía algún piropo de esos

guapos con los que regalábamos los oídos a las chiquillas en edad de merecer.

-Marianín -me decía Pepón- que la Candela es hija de condes y no será *pa tú* ni muerta. ¿No ves los aires que se da? Si hasta te mira por encima del hombro.

Bien que lo sabía yo pero por eso no dejaba de suspirar cada vez que se llegaba a la calle, tan bien vestida, con esos encajes tan elegantes, el pelo recogido en un moño, olor a colonia y jabón de tocador. Yo la vigilaba agazapado entre las ramas.

Desde las atalayas de los naranjos veía la calleja del Arco, la torre del Alcázar de Buajalance, la torre inclinada de la Asunción y hasta la Fuente del Corro si me daba por exagerar.

Así de feliz habría seguido mi infancia de no haber sido porque padre había apalabrado con el patrón que empezaría a trabajar en los establos, a lo que mandarían y que si me daban un par de perras gordas, bienvenidas serían. Que total, en la escuela el maestro no podía sacar carrera conmigo porque no servía ni para leer. Y que a los caballos tanto les daba que yo tartamudara si solo tenía que limpiarles el estiércol y echarles paja para que comieran.

Con padre no había forma de protestar. Sus órdenes se cumplían y punto.

-Contento deberíaz eztar -dijo- que trabajaráz a la zombra. ¿Qué vaz a zaber tú lo que ez el olivar cuando cae el zol del mediodía?

No, no lo sabía. Tampoco que los miércoles vendría Candela con sus amigas las condesitas a montar a caballo durante una hora. Llegaban con sus risas tontas, quejándose por el olor del establo y apartándome como si yo fuera poco menos que una boñiga.

Procuraba tenerlo todo a punto y desaparecer pero una tarde, apareció una niña más, invitada porque estaban celebrando un cumpleaños.

-Prepara otra montura. Y trae unas botas de montar. Rápido, que no tenemos todo el día -gritó Candela de la misma forma que veía hacer a su madre con el servicio.

-Si, si, si se, se se ño ño ño ri riri ta -acerté a decir.

Instantes después todas se echaron a reír.

Debí ponerme tan colorado que sentía que me ardían las mejillas. Y desde aquel día, la señorita Candela no tenía mejor diversión que hacerme preguntas hasta que me atoraba y se me enredaba la lengua.

Hasta madre me notó más triste.

-¿Qué te paza, mi arma? -me preguntó cuando dejé en el plato las habichuelas y el trozo de tocino por tercer día consecutivo.

Y cuando le hablé de las burlas, me llamó bobo.

-Mira que maz zalio tontín. ¿Tú crez que eztando delante de loz caballos y ni ziquiera ze ta ocurrió zubite a uno? Ande vayaz, aprende to lo que puedaz, que nunca zabe usté cuando lo vaz a necesitá. Haremoz un trato, en cuantito zepa usté cabalgar zin caerte do caballo, podráz marchar a ganarte los cuartos a otro sitio. Pero en mientraz tanto, ni una queja.

Madrugaba mucho para tener algo de tiempo para la tarea que me había encomendado madre. Por más que les hablaba a los caballos, en cuanto me acercaba, me soltaban una coza, o me dejaban subirme a la grupa para lanzarme por los aires hasta que aterrizaba con el culo en el suelo. Ni siquiera fijándome en como lo hacían las niñas lograba aprender para no caerme.

-Zoy tartartamudo -les decía a las bestias. Pero no pienzo haceroz daño.

Al cabo de bastantes semanas ya podía dar un pequeño rodeo al trote y hasta al galope lograba sujetarme encima aunque llevaba el trasero en carne viva.

Para entonces Candela ya florecía por sus cuatro costados. Y el señor conde la vigilaba para que nadie la desflorara antes del casamiento, que no fuera cosa que de murallas para afuera o entre los olivares, le cayera la desgracia a la niña y tuviera que malcasarla en la Iglesia de San Francisco antes del alba. Que al señor conde de las Cañas, al salir de misa de doce no le pasó desapercibido el zagal que aparte de tartamudear, no le quitaba ojo a la niña.

-Mejor estaría en la almazara. Es época de cosecha y faltan manos. Algo habrá que pueda hacer ese mocoso mejor que mirar a la niña. De no ser porque no lo aprobarías -le dijo a la señora condesa- un par de latigazos le habrían venido bien.

-Por Dio, Jezu, María y Jozé, quel chiquillo tiene ojaz en la cara y la niña ezta de muy buen ver. Alejalo zi quiere, pero no ze tocurra tocalo.

Como había dicho madre, ya podía empezar a aprender otra vez. Yo que nunca había visto más que sebo para aderezar las acelgas y freír huevos, el aceite me pareció un milagro. Aunque empecé en el patio recibiendo la aceituna para la limpia y lavado, ojeé la nave donde estaban los molinos y la zona de decantación.

Fue allí donde entablé amistad con un pilluelo que llevaba trotando por los caminos algunas décadas y sabía más de mundo que de letras. Había sido marinero hasta que tuvo un accidente y le quedó una pierna tullida.

-Mala coza para una tempestá -dijo. Quel mar cuando se encabrona tiene mala baba. Molvidaré de los arenques y las sardinas , que se le va a hacer... Pero tú, chaval, eres joven. ¿No me digas que no has salío destas tierras? ¿Nunca?

Era de los pocos que no se reían cuando hablaba, como si ser tartamudo fuera cosa normal.

-¿Qué? ¿Por qué me miraz azí? Que no erez el primer tartaja que veo. La sesera

no se lleva en la lengua sino encima los hombros. Azí que ya va ziendo hora de quespabiles.

Pasos cortos había estado en la guerra y cuando regresó apenas le quedaba ni familia, ni hacienda que cuidar.

Mala pinta sí tenía pero sabía el oficio. Era de los peones veteranos y me había tomado como aprendiz. Y como madre me había advertido que aprendiera por eso de que el saber no ocupaba lugar, intentaba que ese tipo mal carado no tuviera queja alguna. Esa cicatriz que le atravesaba la mejilla me ponía nervioso e imaginaba que si lo enfadaba, se sacaría una navaja y me surcaría un buen tajo tan feo como el que llevaba él.

-¿Tienes novia? -preguntó una tarde que estábamos lavando olivas, como si me estuviera leyendo el pensamiento.

Al verme mustio añadió:

-No penzaba eztropear tu linda carita de nena antez de que eza chavalita te diga que zí o tú le robez algo máz que un par de bezoz.

Para que no viera mis lágrimas me apliqué en llevar y traer los canastos, hasta que se plantó en jarras y preguntó:

-No eztá a tu altura, ¿verdá? ¿Hija de zeñoritoz? Puez tendremos que raptarla.

Pensé que estaba de guasa. ¿Cómo íbamos a raptar a Candela? ¿Adónde íbamos a llevarla?

Pero Pasos cortos era como una caja de sorpresas. Lo mismo se arrancaba a cantar flamenco y patalear con las albarcas un zapateado, que hablaba de como apostar para ganar unas cuantas perras gordas.

Las tardes de los domingos me enseñó a disparar una escopeta de dos caños

contra unos tacos de madera colocados a varios metros.

-Apunta bien, chaval, que zolo hay una pozibilidad para acertar que cambia la vida por la muerte. Zi erez lento, muerez. Zolo puez zer el máz rápido y el que acierta ziempre a la primera.

Cuando ya estuvo convencido de que podía disparar a un palomo y a las liebres me habló de ese plan que no tendría vuelta atrás.

Conforme me contaba lo que había pensado aumentaba mi tartamudez.

-Veráz chaval. Zabez cabalgar. Te guzta una mozita y no te hace caso. Poz noz la llevamos hasta el arroyo de la Zarzuela, que zolo ezta a diez minutoz y la tendráz para tí zolito. En todo cazo, hazta podemos zaliz con los bolzilloz bien llenoz si la chiquilla te hace azcoz. Perdimoz un rezcate y noz largamos bien lejoz. Mientraz tanto ya te habrá dado tiempo de amores y te habráz canzado también.

-¿Y por qué allí? - pregunté.

-¿Conozez un zitio mejor?

Escupió un hueso de oliva mientras contestaba:

-¿Pero qué va a conocer usted zi no haz salido nunca deste pueblo?

Y dándome un codazo para que me arrancara sin tartamudeos, preguntó:

-¿Qué te ronda por eza cabeza? Ezcúpelo de una vez, que te conozco como zi te hubiera parío.

-Zi noz pilla la guardia civil, noz fuzilarán -dije asustado.

-Usted lo ha dicho. Zi noz pillan. Pero no nos han de pillar.

Todos los domingos, a eso de las doce, salía Candela de la finca para escuchar la misa en Nuestra Señora de la Asunción. Sus señores padres eran de mucho madrugar y tenían por costumbre asistir a primera hora de la mañana. Dejaba atrás la fábrica de

paños, la plaza Mayor y al doblar en la Calle Santa María hacia Manuel Mantilla, era el momento. De la adormidera para atontar a Candela se encargaba Pasos cortos pues conocía a la partera que solía asistir a las mujeres que trabajaban en la almazara y las trataba con hierbas para todo tipo de males. Un puñadito de cada saco hervido y filtrado con una pizca de azúcar era capaz de anular la voluntad de un elefante.

-¿Y zi lo ezcupe?

-Pero muchacho, ¿ez que nunca ve uzte nada con buenoz ojoj? Zi piensas que algo va a zalir mal, al final, zale mal. Azí que zi quieréz que eza pilluela ezte en tuz brazoz, deberáz poner algo de tu parte.

Cuando la vi llegar, me temblaron las piernas. Pero Pasos Cortos no dudó un segundo en zamparle un pañuelo sobre la boca, anudarle las muñecas y subirla a la cabalgadura que, por supuesto, había robado de la plaza. Para cuando los dueños salieran de la cantina de tomar vinos tintos, tardarían un rato en darse cuenta de que no estaba el ramal anudado donde lo dejaron y tal vez los caballos se hubieran escapado a pastar en los campos de trigo y girasoles.

Diez minutos sobre las cabalgaduras no era distancia. Para entonces ya le habíamos tapado los ojos y le habíamos puesto un esparadrapo en la boca para que no gritara.

-Ez guapa la cabrona. No me eztraña que te guzte. Tienez buen olfato, muchacho. Si te preguntaz qué gano yo, te diré que un buen puñado de monedaz, que ezta rapaz con eza melena rubia y eze poderío, hará que zu zeñor padre abra la faltriquera y me zuelte hazta el último real.

Ni me había dado cuenta de que llevábamos un rato al trote y nos sobrevolaban unos aguiluchos cenizos a escasa altura, como si intentaran robarnos a la mismísima

Candela o estuvieran protegiendo a sus crías.

Todo lo que Pasos Cortos tenía de valiente se esfumó por completo en cuanto oteó a las rapaces por encima de su cabeza. Algo dijo sobre maldiciones antes de escapar a galope tendido como si hubiera visto al mismísimo diablo.

Fue en ese preciso instante que Candela abrió los ojos y por algún extraño milagro pensó que la estaba salvando de su perseguidor. Le dolía la cabeza y estaba tan confusa que no recordaba ni el rapto, ni la misa de doce. Sólo me veía a mí tartamudeando y más azorado que nunca intentando que no cayera de la cabalgadura. El contacto tan estrecho alteró mis nervios y apenas pude decir que enseguida llegaba a casa y que no se preocupara, que ya había pasado el peligro.

Aunque la habría besado, me contuve. Fue ella la que colocó sus labios sobre los míos y la que acercó su boca. Un breve beso me bastó para saber que podía ser mi perdición.

-No zeñorita, no eztá bien. Yo la llevo a uzté a caza enzeguida. Antez de que ezas zapazes noz arranquen la cabeza.

Eso hice en medio del alboroto porque la cabalgadura de Pasos Cortos lo había lanzado por los aires y se había abierto la cabeza.

Pensé que su intuición no había ido desencaminada y ese miedo a los fantasmas se había cobrado su vida. La mía podría haber pendido de un hilo de haberme dejado llevar por mis instintos más primarios, pero aunque mi corazón hervía, supe serenarme a tiempo.

-Así que has salvado a mi niña -dijo el señor conde. Y yo que pensaba que bebías los vientos por ella. Me gusta que seas honrado.

Y para mi sorpresa, añadió:

-Llevábamos mucho tiempo intentando librar estos caminos de bandoleros como ese -dijo señalando a Pasos Cortos. Han atemorizado a muchos de los nuestros, robado y matado, así que hoy es un gran día pues por fin, podremos salir de Bujalance sin el temor a ser asaltados. Bien hecho, muchacho.

Jamás hablé de lo que realmente había pasado en ese bosque que linda con el olivar y si hubo algún testigo, cayó para siempre.